EL PERÍODO POÉTICO MACHADIANO DE BAEZA (1912-1919)*

I. *Introducción*

Aunque la bibliografía existente sobre la poesía de Antonio Machado es extremadamente copiosa, sin embargo, ésta se ha centrado en nuestras fronteras casi exclusivamente sobre el primer período que se extiende desde *Soledades* hasta la primera edición de *Campos de Castilla* (1912), correspondiente a la época de Soria. Asimismo, pensamos que el período de Baeza no ha sido valorado suficientemente por la crítica, teniéndose sólo en cuenta la etapa plenamente estetizante de nuestro poeta; si bien ello obedece a razones de substrato ideológico y a unas condiciones sociopolíticas de todos conocidas.

A pesar de todo, son numerosos los trabajos aparecidos en los últimos años, que han puesto las cosas en su sitio y han realizado un análisis integral de la obra machadiana, valorando justamente cada período. Nuestro breve estudio, teniendo en cuenta las limitaciones de espacio en que nos movemos, pretende ser una modesta aportación a dicha tarea.

Por otro lado, no debe olvidarse que la obra de Machado es una continua evolución –por cierto, cada vez más comprometida–, y que en cada etapa está el

---

* Los textos machadianos manejados han sido los siguientes:

Poesías Completas. Madrid, Espasa Calpe, Selecciones Austral, 1975.

Los complementarios y otras prosas póstumas. Buenos Aires, Losada, 1968, 2.ª edición.

Abel Martín. Cancionero de Juan de Mairena. Prosas varias; Buenos Aires, Losada, 1968, 3.ª edición.

germen de la siguiente. Por tanto, el querer aplicar los mismos patrones estéticos a todos sus poemas no tiene razón de ser, pues éstos obedecen a unas determinadas circunstancias y cumplen unos fines perfectamente coherentes con el pensamiento del autor en ese momento.

Se puede observar en la poesía de Antonio Machado una trayectoria que va del «yoísmo» al «tú esencial». Este cambio no es repentino, sino que proviene de un profundo proceso de maduración. Así, de la subjetividad inicial de *Soledades,* pura exaltación del «yo» del poeta, de su tristeza y soledad –todo ello expresado con técnicas modernistas–, pasamos a un progresivo acercamiento al paisaje, al mundo que le rodea –abandonando un poco su «yo» íntimo–, a un mayor interés hacia los otros; todo lo cual se manifiesta ya en *Campos de Castilla.*

Esta evolución pudo estar motivada por varias causas, entre las que se podrían citar las siguientes:

–Su amor por Leonor, que le hace salir de su anterior tristeza y soledad.

–Un profundo y antiguo deseo de cambio, en el que pudo haber influido su relación con Unamuno, y que se manifiesta ya en una carta dirigida a éste en 1903, en la que dice lo siguiente: «...empiezo a creer, aún a riesgo de caer en paradojas que no son de mi agrado, que el artista debe amar *la vida y odiar el arte»* (El subrayado es nuestro). Ante esta dicotomía «vida / arte», patente en el período inicial de *Soledades,* constituido por una poesía idealista, artificiosa, mera expresión del arte por el arte –y que, como bien señala Antonio Chicharro[1], sirve a los intereses de la ideología dominante–, nuestro poeta se inclina ya, en 1903, por la realidad concreta, por la vida. En otra carta dirigida a Unamuno en 1904, dice Machado lo siguiente: «Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: es verdad, hay que soñar despierto». Es éste el momento en que Machado comienza a abandonar su solipsismo inicial, aunque hay que reconocer que es precisamente esa profunda y vibrante intimidad personal la que da emoción y

---

[1] CHICHARRO CHAMORRO, A., «Villaespesa y Antonio Machado frente a frente: *Rapsodias y Soledades*». Comunicación presentada en el Simposio sobre «Vilaespesa y el Modernismo» Almería, 13 y 14 de octubre de 1977, pp. 75-87.

universalidad a sus primeros versos. Lo cierto es que Machado nunca dejará de ser intimista. Así, en un artículo de 1904 sobre *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez, dice: «Lo más íntimo es lo más universal...», aunque también añade que no puede tolerar «...que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo», y a continuación se pregunta: «¿no seríamos capaces de soñar con los ojos abiertos en la vida activa, en la vida militante?».

Otra causa que pudo estar presente en el ánimo del poeta a la hora de cambiar sus planteamientos estéticos y vitales, es la influencia que debió de ejercer en él la visión «noventayochista» de Castilla y de España. En un artículo publicado en Soria en 1908, titulado «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz», dice Machado lo siguiente: «Tras un largo período de profunda inconsciencia [...] perdimos los preciosos restos de nuestro imperio colonial [...] Acaso el golpe recibido nos pondrá en contacto con nuestra conciencia. Por lo pronto, nuestro patriotismo ha cambiado de rumbo y de cauce. Sabemos que ya no se puede vivir del esfuerzo [...] ni de la fortuna de nuestros abuelos [...] Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos [...]».

Vemos cómo ya por estos años aparece Machado preocupado por el tema de España, preocupación que será constante a lo largo de su vida.

Finalmente, también pudo influir bastante su estancia en Soria, su encuentro con el paisaje castellano, que le hace salir de su subjetivismo individualista; sin olvidarnos, por supuesto, de que en estas tierras pronto conoce a la que será su esposa.

De la influencia que pudieron ejercer Soria y su paisaje en nuestro poeta hay varios testimonios. Así, en una carta dirigida por Unamuno a José María Palacio en 1912, dice lo siguiente: «Es todo un poeta Machado, y Soria le ha suscitado un fondo del alma que acaso de no haber ido ahí dormiría en él».

Por otro lado, en el prólogo de 1917 a *Campos de Castilla,* dice Machado lo que sigue: «Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada –allí me casé, allí perdí a mi esposa, a quien adoraba–, orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano. Ya era, además, muy otra mi ideología». Posteriormente,

en una entrevista publicada en *La Voz de España* de París, en 1938, se confiesa Machado hombre muy sensible al lugar en que vive, y añade: «La geografía, las tradiciones, las costumbres de las poblaciones por donde paso, me impresionan profundamente y dejan huella en mi espíritu [...] Soria es lugar rico en tradiciones poéticas. Allí nace el Duero, que tanto papel juega en nuestra historia. Por si ello fuera poco, guardo de allí el recuerdo de mi breve matrimonio con una mujer a la que adoré con pasión [...]. Y «viví» y «sentí» aquel ambiente con toda intensidad. Subí al Urbión, al nacimiento del Duero. Hice excursiones a Salas. escenario de la trágica leyenda de los Infantes. Y de allí nació el poema de Alvargonzález».

Es en *Campos de Castilla* donde el subjetivismo romántico y el intimismo solipsista de la primera época se transforman en una mayor apertura hacia el mundo externo, hacia «el otro».

El nuevo rumbo de la poesía de Antonio Machado fue recompensado con un éxito inmediato. Es en este momento cuando su poesía va a adquirir una mayor difusión. *Campos de Castilla* es el libro de Machado que Unamuno valorará más. Ortega y Gasset lo elogia inmediatamente, no así Juan Ramón Jiménez.

Al morir Leonor, el poeta se encuentra de nuevo solo y hay un pequeño lapso de tiempo en que su lírica se vuelve más íntima, más subjetiva, expresando el inmenso dolor del poeta; para volver, poco después, a tratar el tema nacional con gran acritud y violencia, quizá influido, en parte, por la ausencia de Leonor.

Desde el punto de vista de su compromiso personal. Machado camina de un republicanismo burgués a una posición socialista en sus últimos años, si bien este socialismo no es militante, pues Machado no perteneció a ningún partido político; lo que no le impidió estar siempre «a la altura de las circunstancias».

Enmarcando a Machado dentro de su época, se está desmitificando en los últimos tiempos un tópico muy arraigado: el de su pertenencia a la llamada «Generación del 98», denominación que acuñó por vez primera Azorín en una serie de artículos publicados en *ABC*, en febrero de 1913 (es de señalar que no incluye a Machado en dicha generación).

Al triunfo de dicho concepto contribuyó en gran medida, por los años treinta, Pedro Salinas, el cual, siguiendo el método de Petersen para la determinación

de «las generaciones literarias», llegó a la conclusión de la existencia de dicha generación[2]. También tuvieron gran influencia en la difusión y aceptación del término los libros de Laín Entralgo y Jeschke sobre «la generación de 1898», los cuales incluyen a Machado como poeta de esta generación.

Sin embargo, como dice Aurora de Albornoz[3], hay entre los miembros del grupo radicales diferencias, de las que ellos mismos son conscientes. Así, por ejemplo, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu negaron, en numerosas ocasiones, su adscripción a tal generación e incluso la existencia de la misma.

Por otro lado, Unamuno, en un artículo de 1918 titulado «La hermandad futura», dice: «Sólo nos unían el tiempo y el lugar, y acaso en común dolor: la angustia de no respirar en aquella España, que es la misma de hoy. El que partiéramos casi al mismo tiempo, a raíz del desastre colonial, no quiere decir que lo hiciéramos de acuerdo». El propio Machado, en una entrevista publicada en *La Voz de Madrid* de 8 de octubre de 1938, rechazaba su encuadramiento en la Generación del 98: «Soy posterior a ella –dice–. Mi relación con aquellos hombres –Unamuno, Baroja, Ortega, Valle-Inclán– es la de un discípulo con sus maestros. Cuando yo nacía a la vida literaria y filosófica, todos aquellos hombres eran ya valores cuajados y en sazón».

Aquí hay un error de situación cronológica por parte de Machado, al colocar en este grupo a Ortega, que era más joven que él y todavía no muy conocido.

El caso es que, debido a los factores arriba señalados, Machado ha pasado a los Manuales de Literatura como un poeta de esta generación. Sin embargo, creemos que esto es un equívoco que hay que deshacer, por varios motivos: 1.°) Porque la existencia de tal generación está puesta en duda. 2.°) Porque por estas fechas la obra de Machado no ha cuajado plenamente. Mientras que los hombres del 98 publican sus libros más noventayochistas entre 1897 y 1912, Machado, con considerable retraso cronológico respecto al resto del grupo, no publica su

---

[2] SALINAS, P., «El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus» y «El concepto de generación literaria aplicado a la del 98», incluidos en *Literatura española, siglo XX*, Madrid, 1972, pp. 13-25 y 26-33.

[3] ALBORNOZ, A de, *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*, Madrid, 1968, pp. 17 y 18.

único libro noventayochista –*Campos de* Castilla– hasta 1912. 3.°) Porque los rasgos atribuidos a los del 98 sólo coinciden parcialmente con los de Machado.

Respecto al momento histórico que representa el año 1898, podemos decir que hay una crisis de Estado y de una manera de concebir la vida. Los viejos valores se hunden. Según Tuñón de Lara[4], hay toda una serie de crisis:

a) Crisis del sistema.

b) Crisis económica.

c) Crisis política.

d) Crisis social.

A los del 98 les unía la puesta en tela de juicio de los valores tradicionales, el tema de España. También hay una rebelión contra las normas estéticas imperantes. José Luis Abellán[5] califica acertadamente al «noventayochismo» como un espíritu regeneracionista, por los fines, y modernista, por los medios.

Se redescubre el paisaje, sobre todo el castellano, con una exaltación estetizante de éste. Se da una búsqueda de lo esencial español, de lo castizo (Unamuno). Baroja dice, en 1902: «Yo parezco poco patriota y sin embargo lo soy [...]. Tengo normalmente la preocupación de desear el mayor bien para mi país, pero no el patriotismo de mentir...».

Otro factor que une a los del 98 es su ruptura con el pasado inmediatamente anterior. Los del 98 son, sin embargo, un movimiento elitista, pequeñoburgués, que pretende romper la hegemonía ideológica del bloque oligárquico. pero que niega el protagonismo popular. La unidad durará poco tiempo y los miembros de la generación tomarán caminos divergentes. A ello alude Unamuno en su artículo publicado en *Nuevo Mundo* sobre «La hermandad futura», ya citado anteriormente.

---

[4] TUÑÓN DE LARA, M., «Antonio Machado, hombre de su tiempo», en *El Europeo,* núm. 581, 1 de marzo de 1975, pp. 32-33. *Vid* su libro *Antonio Machado, poeta del pueblo.* Barcelona. 1975. 2.ª edición.

[5] ABELLAN, J. L., «Machado y el 98», en *Cuadernos para el Diálogo,* número extraordinario XLIX, noviembre de 1975, pp. 92-97.

El propio Machado se refiere explícitamente a lo mismo en su poema: «Una España joven», publicado en 1915: «...Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda, / la malherida España, de carnaval vestida / nos la pusieron [...] / Fue ayer; éramos casi adolescentes [...] cuando montar quisimos en pelo una quimera / Mas cada cual el rumbo siguió de su locura; / agilizó su brazo, acreditó su brio/ ...»[6].

Hay un rasgo especifico de Machado que le separa del grupo noventayochista: su formación institucionista. Con todo esto no queremos negar que la obra de Machado tenga algunos rasgos noventayochistas, sobre todo *Campos de Castilla* en su edición de 1912, sino tan sólo recalcar que Machado, a lo largo de su trayectoria poética, va a abandonar esta influencia, cosa que se realizará plenamente en el período de Baeza.

II. *Los años de Baeza*

La estancia de Machado en Baeza comprende el período cronológico que va de octubre de 1912 a la primavera de 1919. Como vemos, este período es muy extenso. Tan sólo será superado por su estancia en Segovia, que durará hasta 1931.

El año de 1912 es especialmente significativo para Machado. El primero de agosto muere su esposa Leonor e inmediatamente va a Madrid el día 8 de agosto a pedir el traslado, y es trasladado a la primera vacante que se encuentra: Baeza. Hay que señalar este detalle, porque desmiente la opinión de los que piensan que Machado se trasladó a Baeza por elección propia, buscando esa inercia de la que después se lamentara. Su traslado a Baeza fue casual, como pudiera haberlo sido a cualquier otra ciudad de España.

El 1 de noviembre toma posesión de la cátedra de Lengua Francesa del Instituto General y Técnico de Baeza. Era entonces director del instituto don Leopoldo de Urquía, viejo amigo de la familia Machado y profesor de Filosofía, de ideas krausistas. Es posible que don Leopoldo, a través de su amistad con

---

[6] Según Tuñón de Lara, fue publicado este poema en el núm. 1 de la revista *España* el 29 de enero de 1915. Véase en *Antonio Machado, poeta del pueblo*, p. 322.

Machado, influyera en su interés por la filosofía, que se acrecentara durante su estancia en Baeza.

Cuando Machado llega a Baeza, reciente la muerte de su Leonor, tiene 37 años. Cuando abandona esta ciudad, tiene 44 años y se siente cansado.

La muerte de Leonor deja en Machado un vacío terrible del que apenas se repondrá. Para él, su mujer lo significaba todo, y los días más felices de su vida los pasará junto a ella. En una carta a Unamuno, Machado nos muestra su íntima tragedia: «La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya [...] Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto» (Baeza, ¿1913?).

Su desesperación llega a ser tan grande que piensa en el suicidio. En otra carta a Juan Ramón Jiménez, de 1912, el poeta se expresa en estos términos: «Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro (*Campos de Castilla*) me salvó, y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. Hay que defender a la España que surge del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo». Estas palabras son harto expresivas de cómo Machado antepone a su íntima tragedia el ser útil para los demás.

La muerte de Leonor inspira a Machado toda una serie de poemas elegíacos, en los que se expresa con una honda emoción difícilmente igualada. En su recuerdo, Soria y Leonor se confunden. Por eso, Machado nunca se olvidará de aquellas tierras en las que alcanzó la felicidad. En su poema «Recuerdos», perteneciente a *Campos de Castilla*, da el adiós definitivo a la tierra donde conoció a su esposa:

«Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano / [...] En la desesperanza y en la melancolía / de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva / Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía / por los floridos valles, mi corazón te lleva» (En el tren. Abril de 1912).

Machado siempre recordará Soria, que, como ya hemos visto, influirá grandemente en su trayectoria poética. Así, en una carta dirigida al periódico soriano

El Porvenir Castellano el 19 de agosto de 1922, dice lo que sigue: «Nada me debe Soria, creo yo, y si algo me debiera, sería muy poco en proporción a lo que yo le debo: el haber aprendido en ella a sentir Castilla, que es la manera más directa y mejor de sentir a España».

Durante un tiempo, reside Machado en Baeza en el hotel Comercio. Una placa rememora esta estancia: «Aquí vivió Antonio Machado. Año 1912». Después se trasladó con su madre, doña Ana Ruiz, a una casa que hace esquina, en la calle Prado de la Cárcel. Por eso, cuando Machado en sus «Apuntes», pertenecientes a *Nuevas Canciones,* dice: «Desde mi ventana, / ¡campo de Baeza, / a la luna clara!» (Apuntes I), es evidente que ese paisaje lo está evocando, pero no viendo, pues desde su casa es imposible esa visión.

Por la mañana Antonio Machado daba clases de francés en el Instituto, y por la tarde leía o iba de tertulia a la rebotica del farmacéutico don Adolfo Almazán. A partir de 1917, da también clases de literatura, después de obtener su licenciatura. Para esas clases hizo un resumen del manual de Fitzmaurice-Kelly.

Una vez en Baeza. Machado se enfrenta con su soledad y con el tedio de una ciudad provinciana, cosa que se refleja en su poema «Caminos», uno de los primeros que escribió en esta ciudad. El poema comienza con un violento hipérbaton que nos sitúa al poeta:

De la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena...

El intimismo y la subjetividad de los poemas iniciales afloran de nuevo en este poema y, en general, en todos los pertenecientes al «ciclo de Leonor».

Existe un paralelismo gramatical en los dos primeros versos:

Preposición	artículo	sustantivo	adjetivo
De	*la*	*ciudad*	*moruna*
tras	*las*	*murallas*	*viejas*

Ante este sentimiento de soledad pesimista, se refugia a continuación el poeta en el paisaje, que da una nota de color y de alegría. El paisaje, en estos primeros años de Baeza sirve a Machado de evasión, de refugio.

El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares,
por los alegres campos de Baeza...

El poema está lleno de luz y colorido, que inundan los sentidos. Utiliza para ello sabiamente la adjetivación; hay series binarias de adjetivos: alfanje *roto y disperso;* y también ternarias: tarde *piadosa, cárdena y violeta*, luna *amoratada, jadeante y llena,* etc. Por otra parte, el paisaje se ve teñido, en ocasiones, por los propios sentimientos de poeta: así, la tarde podrá ser *silenciosa o piadosa,* la niebla *maternal,* etc.

Machado no se refiere a una tarde cualquiera,. sino a «esta tibia tarde de noviembre». Con esto consigue algo característico de toda su obra poética: «la eternización de la momentaneidad» que diría Unamuno.

Al final, el poema se interrumpe bruscamente con una lamentación, que parece brotar de lo más hondo del poeta:

...¡Ay, ya no puedo caminar con ella![7]

(*Caminos*. ¿Noviembre de 1912?)

A continuación de esta composición, viene todo un grupo de poemas que podemos titular *Post mortem de Leonor,* y entre los que se encuentran, por ejemplo: «Allá en las tierras altas»; «Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería»; «Soñé que tú me llevabas»; «Una noche de verano»; etc. Casi todos estos poemas, si no todos, fueron escritos, según Sánchez Barbudo, entre 1912 y 1913[8].

---

[7] Para la fechación de los poemas seguiremos a SÁNCHEZ BARBUDO: *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión*. Barcelona, 1976, 3.ª edición.

[8] *Op. cit.*, p. 247.

Son poemas dotados de un contenido hondo, amargo, estremecido; y entre ellos una breve esperanza: «...No todo se lo ha tragado la tierra» («Dice la esperanza: un día»). Estando Machado en un momento de profundo dolor, es lógico que busque algún consuelo. Hay momentos en que tiene esperanza de recobrar a Leonor algún día, esperanza que, por otra parte, constituye el origen de un intento de acercamiento a Dios. Es esta, según Aurora de Albornoz, la segunda etapa en el pensamiento religioso de Machado[9].

En la primera carta dirigida a Unamuno desde Baeza, y ya citada, dice: «En fin hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad». Después de la muerte de Leonor, Machado lo que busca intensamente es un Dios cristiano que garantice la inmortalidad, aunque no lo encontrará. Es éste el momento de máxima religiosidad de Machado, lo que no quiere decir que fuese católico, como ya veremos.

En su poema «Una noche de verano» (CXXIII en PC), Machado refleja la muerte de su querida Leonor en una calurosa noche de agosto. Adopta un tono mesurado a lo largo del poema, que se interrumpe, al final, con una exclamación que recorta el verso:

Una noche de verano
–estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa–
la muerte en mi casa entró
.....
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

(Apareció el poema en 1917).

Sin embargo, esa expresión recatada, ese pudor expresivo que hemos visto en el poema anterior, se transforma en una reacción desgarradora, imprecadora, en el siguiente poema, uno de los más religiosos de Machado:

---

9 *Op. cit.*, p. 233.

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.
(CXIX, apareció en 1917).

Para esta composición, Machado elige la cuaderna vía en su versión modernista no monorrima. Adopta el tono de una oración. Invoca cuatro veces a Dios, una en cada verso. A pesar de la longitud del verso, su ritmo se hace rápido a causa del desbordamiento emocional del poeta.

En este poema aparece la palabra *mar* con un significado simbólico y sobre el que se ha discutido mucho. Es evidente que *mar* no se refiere siempre a la muerte, sino a otras muchas cosas. Así, para José Luis Abellán el mar no sólo significa la muerte, sino también la vida, de la que es origen. Para Aurora de Albornoz, el mar se refiere, en estos poemas, a lo desconocido. José Antonio Balbontín identifica el mar con el caos. Laín Entralgo identifica mar con muerte, pero unida ésta a un posible despertar. Kessel Schwartz lo ve como un poder potencial, tal como la vida, la muerte, Dios, etc.

En otra poema de esta misma serie Machado evoca con añoranza el paisaje soriano, enmarcado, dentro de él, el recuerdo de Leonor. Realidad y sueño evocador se confunden. El poeta, al mismo tiempo que camina, piensa y sueña. Veamos cómo se contraponen sueño ideal, al comienzo del poema, y realidad vivida, pero no deseada, en los versos finales. El poeta refleja lo que está pensando, lo que está soñando:

Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
sus curva de ballesta
en torno a Soria; entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?

Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.
(CXXI, mayo de 1913).

Machado se encuentra triste, solo, y sueña con pasear otra vez junto a Leonor por las tierras sorianas. Usa una estrofa muy de su gusto: la silva arromanzada. Acertados efectos expresivos son utilizados por Machado en este poema. En el sexto verso, al final, dice: «en sueños...». Vemos cómo los puntos suspensivos prolongan esa sensación del sueño, esa suave flotación en que está sumergido el corazón del poeta. El tema del sueño es muy importante en la poesía machadiana, sobre todo en su primer período intimista. Aquí todavía no lo ha olvidado, aunque su poesía se orientará después hacia «el otro», cosa que se realizará plenamente en Baeza.

Pero sigamos con nuestro poema. El tránsito del sueño a la realidad es violento. Sin ninguna pausa, pasamos de lo evocado soñado (deseado) a lo vivido. En los cuatro últimos versos se nos muestra el poeta melancólico, caminando solo, sin la presencia de Leonor, como una sombra errante sin rumbo fijo. Hay, al final, una acumulación de adjetivos –enumeración asindética–, que muestran la situación en que se encuentra nuestro poeta: *solo, triste, cansado, pensativo, viejo.*

Observemos que en éste, como en otros poemas, Machado superpone afectivamente el paisaje soriano a la contemplación inmediata del campo andaluz. Para Machado, el primer paisaje plenamente vivido y sentido acaso sea el castellano, el soriano. Por eso, cuando vuelve a su tierra, a Andalucía, se siente como extranjero e incapaz de cantar el paisaje que tiene ante sus ojos. Entonces se refugia en el paisaje de su infancia sevillana, de sus recuerdos:

«En estos campos de la tierra mía / y extranjero en los campos de mi tierra / –yo tuve patria donde corre el Duero– / en estos campos de mi Andalucía, / ¡oh

tierra en que nací!, cantar quisiera. / Tengo recuerdos de mi infancia, tengo imágenes de luz y de palmeras /... (CXXV, 4 de abril de 1913).

A partir de 1912, Leonor se incorpora a la mitologización del paisaje soriano. Machado en estos momentos se siente desarraigado y el paisaje andaluz sólo le sirve para evocar mejor el de Soria. Con el tiempo, Machado superará la mitificación Soria-Leonor y podrá cantar ya libremente a los campos de su Andalucía.

En otro poema, también de 1913, volvemos a encontrar el tema del sueño:

«Soñé que tú me llevabas / por una blanca vereda, / en medio del campo verde, / «...» Sentí tu mano en la mía, tu mano de compañera, / «...» ¡Eran tu voz y tu mano, / en sueños, tan verdaderas!... / Vive, esperanza, ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!» (CXXII).

En este poema aparece, una vez más, la fusión entre el paisaje y la figura soñada de Leonor. Su voz y su mano se le hacen al poeta como verdaderas.

Toda esta serie de poemas muestra que la añoranza de su esposa se vincula al tema del camino: «¡Ay, ya no puedo caminar con ella!», «dame tu mano y paseemos», «Soñé que tú me llevabas», etc. Es decir, Machado echa de menos esta ausencia porque ya no puede caminar con ella, como antes lo hacía. De nuevo, el tema del camino[10] aparece ligado a la poesía de Machado y esta vez en una etapa fundamental de su vida. Al final del poema que comentamos, hay una exclamación en tono esperanzado, expresión que recorta rotundamente el tono mesurado de los versos anteriores. Otra vez aparece esa esperanza de inmortalidad, de evidentes huellas unamunianas, que se repetirá en poemas posteriores.

Casi todos estos poemas vemos cómo empiezan con un tono remansado, y, después, hacia el final, el ritmo se aviva, entrecortándose la expresión con una profunda queja. Se podría establecer un ligero paralelismo entre el poema comentado y «Yo voy soñando caminos...», perteneciente a *Soledades*. Aquí encontramos otra vez ligados el tema del sueño y del camino:

---

[10] *Vid.* OROZCO DÍAZ, E., «Antonio Machado en el camino. Notas a un tema central de su poesía». *Apud Paisaje y sentimiento de la naturaleza en la poesía española*. Madrid, 1974, pp. 175-242.

«Yo voy soñando caminos / de la tarde «...» / ¿Adónde el camino irá? / Yo voy cantando, viajero / a lo largo del sendero...!» (XI, Soledades. Galerías. Otros poemas).

El poema CXXIV vuelve a evocar a Leonor, después de una colorista visión paisajística: «Al borrarse la nieve, se alejaron / los montes de la sierra. / La vega ha verdecido / al sol de abril «...» / con las primeras zarzas que blanquean, / con este dulce soplo / que triunfa de la muerte y de la piedra, / esta amargura que me ahoga, fluye / en esperanza de Ella...» (Apareció en 1917).

En el poema «A José María Palacio», esa emoción patente, pura y sencilla de los poemas anteriores («Soñé que tú me llevabas», «Una noche de verano», etc.), permanece entrevelada, como en clave. Tras una serie de alusiones al paisaje y a la naturaleza: «Palacio, buen amigo, / ¿está la primavera ! vistiendo ya las ramas de los chopos?», aparecen unos versos finales que no entenderíamos si no conociéramos los datos biográficos del poeta: «Con los primeros lirios» / y las primeras rosas de las huertas, / en una tarde azul, sube al Espino, / al alto Espino donde está *su* tierra...» (CXXVI, Baeza, 1913. El subrayado es nuestro).

El Espino es el cementerio de Soria donde fue enterrada Leonor. Por medio de ese «su tierra», se le escapa al poeta el profundo dolor que durante todo el poema, aparentemente sólo evocación de la primavera, ha ido conteniendo.

Hay continuas rememoraciones de las tierras de Soria, porque en este paisaje sigue vigente la presencia de Leonor. Luego, cuando supere esta gran crisis, se centrará plenamente en el hombre y el paisaje andaluces.

El último poema de este grupo que hemos denominado «Post *mortem* de Leonor», es el titulado: «Otro viaje», que sigue en la misma línea de poemas anteriores:

«Otro viaje de ayer / por la tierra castellana / –pinos del amanecer / entre Almazán y Quintana!– / ¡Y alegría / de un viajar en compañía! / ¡Y la unión / que ha roto la muerte un día! / ¡Mano fría / que aprietas mi corazón!». Quizá lo más bello del poema esté en esta redondilla final, donde juega el poeta acertadamente con la repetición anafórica:

Tan pobre me estoy quedando
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

(CXXVII apareció con fecha de 1915).

Todos estos poemas, ya estudiados, obedecen a la terrible impresión que causó a Machado la muerte de su esposa. Este abatimiento se manifiesta también en la primera carta escrita a Unamuno desde Baeza, ya citada, y en la que nos presenta un duro retrato de la ciudad: «Esta Baeza, que llaman Salamanca andaluza, tiene un Instituto, un Seminario, una Escuela de Artes, varios colegios de segunda enseñanza, y apenas sabe leer un treinta por ciento de la población. No hay más que una librería donde se venden tarjetas postales, devocionarios y periódicos clericales y pornográficos. Es la comarca más rica de Jaén y la ciudad está poblada de mendigos y de señoritos arruinados en la ruleta. La profesión de jugador de monte se considera muy honrosa. Es infinitamente más levítica (que Soria) y no hay un átomo de religiosidad. Se habla de política –todo el mundo es conservador– y se discute con pasión cuando la Audiencia de Jaén viene a celebrar algún juicio por jurados. Una población rural encanallada por la Iglesia y completamente huera. Por lo demás, el hombre del campo trabaja y sufre resignado o emigra en condiciones tan lamentables que equivalen al suicidio. A primera vista parece esta ciudad mucho más culta que Soria, porque la gente acomodada es íntimamente discreta, amante del orden, de la moralidad administrativa y no faltan gentes leídas y coleccionistas de monedas antiguas. En el fondo no hay nada. Cuando se vive en estos páramos espirituales, no se puede escribir nada nuevo, porque necesita uno la indignación para no helarse también...».

En esta carta vemos a Machado lamentarse de la pobreza espiritual de esta ciudad, del analfabetismo, de los señoritos que se arruinan en el juego. Para él, la tierra de Soria es más espiritual que Baeza, su nuevo destino. La adaptación al medio se le hace dura, y esto, unido a su terrible pena por la muerte de Leonor, hacen que Machado ponga su atención en aspectos más negativos que en Soria, tierra donde alcanzó la felicidad.

Presenta Machado como una enorme paradoja el que haya tantos centros de enseñanza en esta ciudad y en contrapartida tantos analfabetos; el que sea

tan rica y haya tantos mendigos. Todos estos males eran muy corrientes en la Andalucía de la época. Los campesinos trabajaban casi en condiciones infrahumanas para los cuatro terratenientes que poseen la tierra y ganan poco. Existen enormes latifundios. Por otro lado, hay una hipocresía espiritual mantenida por una especie de superstición religiosa. No hay plena vivencia del Evangelio. En otro lugar de la carta, dice: «...¿cómo vamos a sacudir el lazo de hierro de la Iglesia católica que nos asfixia? Esta Iglesia espiritualmente huera, pero de organización formidable, sólo puede ceder al embate de un impulso realmente religioso. El clericalismo español sólo puede indignar seriamente al que tenga un fondo cristiano [...]. Hablar de una España católica es decir algo bastante vago [...] la religión del pueblo es un estado de superstición milagrera [...] Es evidente que el Evangelio no vive en el alma española, al menos no se le ve en ninguna parte...».

Dentro de esta misma carta hay un párrafo muy interesante donde se ataca a esa poesía hueca, vana, que huye de la vida y de la realidad: «...comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos. A esos jóvenes los llevaría yo a la Alpujarra y los dejaría un par de años allí. Creo que esto sería más útil que pensionarlos para estudiar en la Sorbona. Muchos seguramente desaparecerían del mundo de las letras, pero acaso alguno encontraría acentos más hondos y verdaderos...».

La vida de Antonio Machado en Baeza se manifiesta en una serie de poemas, entre los que resalta «Poema de un día (Meditaciones rurales)», justamente valorado por la crítica. Aquí se refleja la vida de un profesor de Instituto en una ciudad de provincias, durante la tarde. Machado se contempla a sí mismo («Heme aquí ya, profesor») dentro del pueblo al que califica certeramente en los siguientes versos: «Heme aquí ya, profesor / [...] en un pueblo húmedo y frío, / destartalado y sombrío, / entre andaluz y manchego». Machado penetra con visión transparente en la realidad del pueblo. Es un día de invierno, frío, en un pueblo que es medio andaluz y medio castellano. Le llaman «la Salamanca andaluza». Sus habitantes tienen un carácter austero, recio, más propio de Castilla que de Andalucía. La soledad de sus plazas, en invierno, recuerda a las de cualquier ciudad castellana. Hay muestras de andalucismo en la blancura de sus

casas, en las flores en el balcón, en su acento; pero nada es estentóreo, llamativo. La sobriedad es su principal característica.

Y sigue el poema: «Fantástico labrador / pienso en los campos. ¡Señor, / qué bien haces! Llueve, llueve / tu agua constante y menuda / sobre alcaceles y habares, / [.... Te bendecirán conmigo / los sembradores de trigo; / los que viven de coger / la aceituna; / los que esperan la fortuna / de comer, / [...] ». Machado se hace eco en estos versos de los deseos de los labradores, que se pasan la mayor parte del año pendientes de la lluvia benéfica que regará los campos y de la que dependerá su vida y la de los suyos. Son estos labradores y su angustia, los que darán nombre a la tertulia del casino de «La Agonía». Toda su riqueza estará en manos de la traidora rueda de la Fortuna. Sánchez Barbudo ve en estos versos, en los que se dirige Machado al labrador y a la lluvia, un suave tono irónico. Quizá no haya llegado todavía el poeta a esa plena identificación con el hombre que trabaja la tierra. Tengamos en cuenta que este poema es de 1913. Hacía muy poco tiempo que Machado había llegado a Baeza.

En los versos siguientes, Machado expresa magistralmente la monotonía y el tedio que hay en estos pueblos durante la tarde. Lo va a recoger, precisamente, con el sonido del reloj. Juega con la repetición, que adopta el sonido metálico del reloj: «En mi estancia, iluminada / por esta luz invernal / –la tarde gris tamizada / por la lluvia y el cristal–, / sueño y medito. / Clarea / el reloj arrinconado, / y su tic-tic, olvidado / por repetido, golpea. / Tic-tic, tictic... Ya te he oído. / Tic-tic, tic-tic... Siempre igual, monótono y aburrido. / Tic-tic, tic-tic, el latido / de un corazón de metal. / En esos pueblos, ¿se escucha / el latir del tiempo? No. / En estos pueblos se lucha / sin tregua con el reló, / con esa monotonía / que mide un tiempo vacío /...» ¿No hay en estos versos algo de monólogo interno? El poeta sueña y medita. En este silencio, interrumpido tan sólo por el tic-tic del reloj, recuerda otra vez a su esposa muerta: «Pero ¿tu hora es la mía? / ¿Tu tiempo, reloj, el mío? ¡(Tic-tic, tic-tic...). Era un día / (Tic-tic, tic-tic) que pasó, / y lo que yo más quería / la muerte se lo llevó. /....» Después, vuelve otra vez a los campos y a la lluvia: «Fantástico labrador, / vuelvo a mis campos, ¡Señor, / cuánto te bendecirán / los sembradores del pan! /...» La lluvia es benéfica para todos: «Señor, ¿no es tu lluvia ley, /en los campos que ara el buey, / y en los palacios del rey? /...».

Se hace de noche y es necesario encender la luz. Busca sus gafas, las encuentra, y alcanza libros nuevos. Abre un libro de Unamuno y se entusiasma con su filosofía. En un arrebato de sinceridad, profesa su lealtad al rector de Salamanca: «Anochece; / el hilo de la bombilla / se enrojece, / luego brilla, / resplandece / poco más que una cerilla. / Dios sabe dónde andarán / mis gafas... entre librotes, / revistas y papelotes, / ¿quién las encuentra?... Aquí están. / Libros nuevos. Abro uno / de Unamuno. / ¡Oh, el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural!». Adopta Machado en esta composición un tono conversacional, irónico. A pesar de ser un poema descriptivo, no por ello pierde su lirismo.

Depués, se dirige a Unamuno y se identifica con su filosofía, concibiéndola como algo vivo, en movimiento:

«Esa tu filosofía / que llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, / gran don Miguel, es la mía. / Agua del buen manantial, siempre viva, / fugitiva; / poesía, cosa cordial / ¿Constructora? / –No hay cimiento / ni en el alma ni en el viento– / Bogadora, / marinera, / hacia la mar sin ribera. /...».

Ese pensamiento fluyente, temporalista, del que habla Machado, y que se identifica con el irracionalismo unamuniano, consistente en un predominio del sentimiento sobre la razón, aparece expresado claramente en su *Poética:* «El pensamiento lógico, que se adueña de las ideas y capta lo esencial, es una actividad destemporalizadora. Pensar lógicamente es abolir el tiempo, suponer que no existe, crear un movimiento ajeno al cambio, discurrir entre razones inmutables. El principio de identidad –nada hay que no sea igual a sí mismo– nos permite anclar en el río de Heráclito, de ningún modo aprisionar su onda fugitiva. Pero al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo, porque piensa su propia vida que no es, fuera del tiempo, absolutamente nada...». (*Poética*, 1931).

En los versos siguientes, Machado resume su ruptura con Bergson, de cuya filosofía tanto tiempo había estado impregnado. Se dirige a Unamuno con el tono conversacional e irónico del que hablábamos antes: «Enrique Bergson: *Los datos/inmediatos/de la conciencia.* ¿Esto es / otro embeleco francés?! Este Bergson es un tuno; / ¿verdad, maestro Unamuno? / Bergson no da como aquel / Im-

manuel / el volatín inmortal; / este endiablado judío / ha hallado el libre albedrío / dentro de su mechinal./...».

El poema sigue una línea temporal, marcada por el empleo de verbos: «Heme, llueve, clarea, anochece, amaina, es de noche», etc. La acción transcurre desde la tarde hasta la noche, cumpliendo así un ciclo temporal completo. Machado no se refiere a una tarde cualquiera, sino a una tarde gris y lluviosa de invierno, en un cuarto iluminado «por *esta* luz invernal». De esta manera, y con el uso de las formas actuales del verbo, logra el poeta la fijación y la eternización de un determinado momento de su vida (el subrayado es nuestro).

Después de amainar la lluvia, se hace de noche, y don Antonio, cogiendo su abrigo, su sombrero y su paraguas, acude a la tertulia de la rebotica de Almazán. Se habla de política, del campo y del tiempo. En estas charlas, Machado solía permanecer callado, oyendo a los demás: «Mi paraguas, mi sombrero, / mi gaban... El aguacero/ amaina... Vámonos, pues. / Es de noche. Se platica / al fondo de una botica. / –Yo no sé, / don José, / cómo son los liberales / tan perros, tan inmorales./...». (CXXVIII, Baeza, 1913).

Machado se despide de sus contertulios, y volvemos a la sensación de monotonía, marcada por el tic-tic del reloj. Después de hallar sobre su mesa *Los datos* de Bergson, el poeta vuelve a sus meditaciones.

Poco a poco, Machado va adaptándose al ambiente rural de la ciudad, y su paisaje le servirá de evasión. En el poema «Noviembre 1913» se nos da toda una visión paisajística, un verdadero cuadro de colores que impresiona la retina: ceniciento, pardo, gris, blanco, dorado. Machado está en un excelente mirador, un lugar de privilegio desde donde se tiene una visión total, de amplios horizontes: las murallas de Baeza. Desde aquí traza un rápido cuadro, pero donde no se le escapa nada. Todo lo que podemos ver desde ese lugar, aparece aquí reflejado, condensado: «Un año más. El sembrador va echando / la semilla en los surcos de la tierra. / Dos lentas yuntas aran, / mientras pasan las nubes cenicientas / ensombreciendo el campo, / las pardas sementeras, / los grises olivares. Por el fondo / del valle el río el agua turbia lleva. / Tiene Cazorla nieve, / y Mágina, tormenta, / su montera, Aznaitín. Hacia Granada, / montes con sol, montes de sol y piedra» (CXXIX).

La búsqueda de Dios de Machado, su religiosidad, tienen una manifestación en su poema «La saeta»: «Cantar del pueblo andaluz, / que todas las primaveras / anda pidiendo escaleras / para subir a la cruz! /...». Pero Machado no quiere cantar a ese Jesús agonizante, sino «al que camina, al que guía»[11]: «¡Oh, no eres tú mi cantar! / ¡No puedo cantar, ni quiero / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar!» (CXXX, se publicó por primera vez en 1914).

Uno de los poemas que José M. Valverde denomina «anticasticista»[12] es el titulado: «Del pasado efímero». En éste nos presenta Machado un completo retrato del señorito rural, un poco labrador, que juega al monte y que: «Sólo se arruina ante el azar prohibido, / sobre el verde tapete reclinado / o al evocar la tarde de un torero, / la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta / la hazaña de un gallardo bandolero, / o la proeza de un matón, sangrienta...». Este señorito, que es creación de los años de Baeza, encarna todos los defectos de la sociedad. A través del señorito rural y andaluz, entendido como forma de conducta. Esta crítica se repetirá en sus últimos años: «Cuando una gran ciudad –como Madrid en estos días– vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece –literalmente–, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mai-

---

[11] OROZCO DÍAZ, E., *op. cit.*, p. 230. Su opinión coincide con la de Sánchez Barbudo. Para éste, el mar significa aquí el mundo, donde no hay caminos, donde *se hace camino al andar.* Ese Cristo no sería inmortal, sino sólo el Hombre. (*Op. cit.*, pp. 291 y 292).

Para Orozco, «no es el valor de lo milagroso lo que quiere cantar el poeta [...] tampoco al Cristo vencedor de la muerte [...] lo que quiere cantar el poeta es al Cristo que anda y camina –y traza camino– por este inmenso mar del mundo, por donde el hombre ha de caminar sin camino» (*op. cit.*, p. 231).

Ambos coinciden, en parte, con Aurora de Albornoz, para quien el Cristo de «La saeta» es un Cristo triunfante, pero no inmortal. Dice: «no es el resucitado; es el que obra el milagro para despertar la fe adormecida, y que cree –y hace creer– que la fe obra milagros. Su triunfo, me parece, es el triunfo del hombre» (*op. cit.*, pp. 261 y 262).

Todos estos autores difieren, sin embargo, de Laín Entralgo, para quien el mar es la muerte, pero tras esa muerte está la resurrección.

[12] *Vid* VALVERDE, J. M., *Antonio Machado*. Madrid, 1975, l.ª edición.

rena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas [...]. El señoritismo ignora, se complace en ignorar –jesuíticamente– la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular...». («Madrid, Baluarte de nuestra Guerra de Independencia», agosto de 1936). Como bien dice Paulo de Carvalho-Neto[13], Machado considera que en la disyuntiva de elegir el pueblo y los «señoritos», debe optarse por aquél.

Sus últimas palabras sobre este hombre, que está vacío por dentro, son rotundas:

«Este hombre no es de ayer ni es de mañana, / sino de nunca: de la cepa hispana / no es el fruto maduro ni podrido, / es una fruta vana / de aquella España que pasó y no ha sido, / esa que hoy tiene la cabeza cana» (CXXXI, se publicó el 6 de marzo de 1913). El poema «Los olivos» es una réplica de su otro poema «Las encinas». En éste, canta Machado a los encinares y demás árboles castellanos. En «Los olivos», el paisaje castellano es ya sustituido enteramente por el andaluz. Otra vez, el tema va a indicar ese amor por la naturaleza que siente Machado. Sus descripciones son coloridas y sensoriales:

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!...
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;

---

13 *La influencia del Folklore en Antonio Machado*. Madrid, 1975, p. 43.

olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!...

Y enmarcados en el paisaje, están los hombres que trabajan la tierra: «Olivar y olivareros, / bosque y raza, / campo y plaza / de los fieles al terruño / y al arado y al molino, / de los que muestran el puño / al destino, /...».

Durante su estancia en Baeza, se produce en Machado la identificación monista: hombre = pueblo = trabajo. Distingue claramente entre el pueblo, que vive de su trabajo, y aquéllos que no trabajan. Este es el momento de manifestación de sus «ideas cordiales», sus «universales del pensamiento».

En la segunda parte de este poema, ya aparece claramente esa concepción del hombre protagonista, al que identifica con la tierra: «La tierra da lo suyo; el sol trabaja; / el hombre es para el suelo: / genera, siembra y labra / y su fatiga unce la tierra al cielo. /...» (CXXXII ¿1914?).

La observación de la realidad andaluza se convierte en Machado en una preocupación por el tema de España en general; pero en Baeza, el tono noventayochista de esa preocupación va a ceder en favor de un mayor compromiso político.

Por otro lado, es lógico suponer que influyan en Machado los acontecimientos históricos de estos años, a los que él, como hombre de su tiempo, no podía permanecer ajeno:

–Estallido de la Primera Guerra Mundial (1914).

–Mayor protagonismo de los intelectuales en la vida política del país. Formación en 1914 de la Liga de Educación. Política.

–Crisis creciente del sistema político de la Monarquía.

–Papel cada vez mayor de las organizaciones obreras.

–El año 1917 es especialmente importante: se hunde el sistema político canovista del turno de partidos; se crean las Juntas Militares de Defensa; se produce un enfrentamiento de clases, que desemboca en la huelga general de agosto y, finalmente, la revolución rusa, que sorprenderá al mundo.

En el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», va a mostrar Machado la efigie del aristócrata andaluz. En esta elegía vemos una clarante huella de las *Coplas* de Jorge Manrique:

Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros,
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?...

(CXXXIII, aparecida en 1917).

Hay en este poema cierta gracia andaluza, que anuncia la línea folklórica que luego seguirá en *Nuevas Canciones*. La veta folklórica le viene a Machado de familia. No olvidemos que su padre, don Antonio Machado y Álvarez, era un insigne folklorista, autor de una *Colección de Cantes Flamencos* y de varias obras más. Por otro lado, su tío, don Agustín Durán, fue autor de un *Romancero General*. De Carvalho-Neto demuestra ampliamente la influencia que tendrá A. Machado y Álvarez en la concepción del folklore de su hijo; influencia que alcanza incluso a Unamuno[14]. Según este autor, es de la idea machadiana sobre el folklore de donde arrancará su concepto de «Pueblo». Para Machado, todos debemos aprender del pueblo. Considera que el pueblo es superior a las clases privilegiadas. En su discurso *Sobre la defensa y la difusión de la cultura,* dirá lo siguiente: «Escribir para el pueblo –decía mi maestro–, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos

[14] *Op. cit.*, pp. 83-97. De su tío, don Agustín Durán, dirá Machado: «Cierto que yo aprendí a leer en el Romancero General que compiló mi buen tío don Agustín Durán; pero mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron...». (Prólogo a *Campos de Castilla*, 1917).

Además de padre y tío, también influyeron en Antonio Machado –según De Carvalho-Neto– sus abuelos paternos: Don Antonio Machado y Núñez y doña Cipriana Álvarez Durán de Machado, los cuales asimismo cultivaron el Folklore.

–claro está– de lo que él sabe [...]. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber no creo haber pasado del folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular»... (Valencia, 1937).

Más adelante dice: «Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular [...] la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores...».

A continuación, declara que el pueblo no está constituido por «la masa», sino por «hombres»: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres...». («El poeta y el pueblo», Valencia, 1937).

En «El mañana efímero» traza Machado una visión desoladora de la historia contemporánea de España: la España arcaica y rural. Este es otro de los poemas «anticasticistas» de Machado: «La España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María, / de espíritu burlón y de alma quieta» ...». La España frustrada, que vive de su pasado y de sus tradiciones, continuará aún durante mucho tiempo: «Esa España inferior que ora y bosteza, / vieja y tahur, zaragatera y triste; / esa España inferior que ora y embiste, / cuando se digna usar de la cabeza, / aún tendrá luengo parto de varones» / [...]. «El vano ayer engendrará un mañana / vacío y ¡por ventura! pasajero, / la sombra de un lechuzo tarambana, / de un sayón con hechuras de bolero; / el vacuo ayer dará un mañana huero» / ...

Al final, hay en ciernes una esperanza para el futuro: «Más otra España nace, / la España del cincel y de la maza, / con esa eterna juventud que se hace / del pasado macizo de la raza» / ... (CXXXV, se publicó en 1913).

Entre sus *Elogios* destaca el titulado: «Desde mi rincón», dedicado a Azorín por su libro *Castilla*. Aquí le echa en cara a Azorín su conservadurismo: «admirable *Azorín,* el reaccionario / por asco de la greña jacobina!–; / » ...Y al final del Envío, un toque de atención que adquiere el carácter de manifiesto: «¡Oh, tú,

Azorín, escucha: España quiere / surgir, brotar, toda una España empieza! / ¿Y ha de helarse en la España que se muere? / ¿Ha de abogarse en la España que bosteza?» /... (CXLIII, Baeza, 1913).

En el *Elogio* a su maestro Giner de los Ríos, un sólo verso justifica toda una vida: «lleva quien deja y vive el que ha vivido» («A don Francisco Giner de los Ríos», Baeza, 21 de febrero, 1915).

Entre estos Elogios hay insertos dos poemas dedicados a España: «Una España joven» y «España, en paz». El primero más vago y abstracto y el segundo más concreto.

En 1914 estalla la Primera Guerra Mundial y Machado se hace eco de ella en el poema «España, en paz», desde su «rincón moruno» (Baeza). En este poema expresa los males de la guerra y saluda efusivamente la neutralidad española: «yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz española, / si no no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo» /... (CXLV, Baeza, 10 de noviembre de 1914).

En Baeza escribió Machado parte de un cuaderno que se titulará *Los Complementarios,* aunque éste no era su título original. De este cuaderno tan sólo usará 37 hojas en Baeza, continuándose en Segovia. El título en sí acarrea bastantes problemas y también su contenido. Se mezclan en este cuaderno la prosa y la poesía. La mayor parte de las anotaciones en prosa tiene un contenido filosófico.

Sus ideas acerca de «la sentimentalidad colectiva» están ya desarrolladas en *Problemas de la lírica,* perteneciente al citado cuaderno: «El sentimiento no es una creación del sujeto individual, una elaboración cordial del Yo con materiales del mundo externo. Hay siempre en él una colaboración del Tú, es decir, de otros sujetos [...]. Mi sentimiento no es, en suma, exclusivamente mío, sino más bien Nuestro. Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro aunque su voz sea para mí la voz mejor timbrada. Que lo sea también para los demás, éste es el problema de la expresión lírica...». (Madrid, 1.° de mayo de 1917).

En su libro *Nuevas Canciones,* escrito a partir de 1917, produce ya Machado sus últimos versos en Baeza. Se inicia con estas composiciones una nueva etapa en la que se emplea cada vez más por Machado la asonancia y «la rima pobre». El poema adquiere el ritmo y la concisión de la copla andaluza. Junto

a esta línea folklórica, que se manifiesta en el empleo de metros cortos y en la creación de poemas con la forma de la canción tradicional, se dan en este mismo libro otra serie de líneas, como puedan ser, por ejemplo, la gnómico-filosófica («Proverbios y Cantares»), que anuncia ya el pensamiento de Abel Martín y Juan de Mairena; o la puramente evocativa («Canciones de tierras altas»).

Una vez que Machado está fuera de Baeza, intenta cantar al paisaje andaluz –a modo de despedida–, dotado de una mayor serenidad anímica que, como sabemos, no tenía en años anteriores. Como imagen típica del paisaje andaluz toma Machado al olivo, parejo de la encina castellana: «Parejo de la encina castellana / crecida sobre el páramo, señero / en los campos de Córdoba la llana / que dieron su caballo al Romancero, / lejos de tus hermanos / [...] cuán bello estás junto a la fuente erguido, / bajo este azul cobalto, / como un árbol silvestre, espeso y alto! / Hoy, a tu sombra, quiero, / ver estos campos de mi Andalucía, / como a la vera ayer del Alto Duero / la hermosa tierra de encinar veía». / ... (CLIII, hay una primera versión de 1920).

Dentro de este libro, sus «Apuntes» presentan una serie de estampas líricas preferidas para las antologías infantiles. Se trata de nueve poemillas breves, muy condensados, que tienen como forma estrófica la soleá y el romancillo. lgunos de estos poemas poseen cierto candor: «Por un ventanal / entró la lechuza / en la catedral. / San Cristobalón / la quiso espantar, / al ver que bebía / del velón de aceite / de Santa María. / La Virgen habló: / Déjala que beba, / San Cristobalón» (CLIV, III).

El recuerdo de Baeza quedará para siempre en Machado: «Campo de Baeza, / soñaré contigo / cuando no te vea!» («Apuntes», CLIV, IV. Ya publicados en 1920).

En 1917 tiene lugar la revolución rusa. Más tarde, en 1919, aparece reflejada en «Proverbios y Cantares»; «!Qué gracia! En la Hesperia triste, / promontorio occidental, / en este cansino rabo / de Europa, por desollar, / y en una ciudad antigua, / chiquita como un dedal, / ¡el hombrecillo que fuma / y piensa, y ríe al pensar: / cayeron las altas torres; / en un basurero están / la corona de Guillermo, / la testa de Nicolás!» (CLXI, XXXIII, Baeza, 1919).

III. *Conclusión*

El período de Baeza es esencial en la temática machadiana. Es en estos años cuando el proceso creador del poeta va a adquirir una mayor variedad de matices. La creación machadiana en esta época podría clasificarse en tres vertientes:

A) La que se refiere al tema de España.

B) La que refleja el paisaje andaluz.

C) La llamada «poesía filosófica».

En Baeza, Machado sustituirá la poesía de tema castellano por la de tema andaluz. Utiliza metros cortos y estrofas típicas de la poesía popular andaluza, como la copla o la soleá (*Nuevas Canciones*). Se producirá en esta época una mayor maduración de sus ideas estéticas.

Durante su estancia en Baeza, Machado irá desarrollando un mayor sentido de responsabilidad hacia «los otros» y que le llevará hacia posiciones políticas. Entre los rasgos noventayochistas de éste pueden señalarse los siguientes: la visión crítica y pesimista de España; la exaltación del paisaje castellano; las lamentaciones por el estado del país, etc.; pero todo esto es superado ya en Baeza. Distingue a Machado de los hombres del 98 su amor al pueblo, que le hace abandonar la ideología pequeño-burguesa y negativamente crítica de éstos, y asumir un papel de resuelto compromiso. En este amor y respeto al pueblo, Machado debió de ser influido, no poco, por su padre.

Otro de los factores que despegan a Machado del esteticismo del 98 es la exaltación del trabajo y su asimilación al pueblo.

Es al final del período de Soria y comienzos del de Baeza, cuando Machado empieza a superar la visión noventayochista del hombre y del paisaje. A través del paisaje castellano llega al hombre. Y en «Campos de Soria», el hombre domina ya el paisaje; pero no se trata de un hombre cainira, terrible, como en los primeros poemas de *Campos de Castilla,* sino del hombre de la tierra contemplado como una posibilidad de superación.

En Baeza, Machado abandonará totalmente la poética inicial de *Soledades,* y se dirigirá desde entonces hacia el hombre, hacia la colectividad. Es el momento de:

¿Tú verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.
(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXXXV).

Machado refleja en estos años el paisaje, pero no en una exaltación estetizante, sino asociado al hombre.

El período de Baeza ha sido fecundo para el pensamiento de Machado. Han sido años de soledad y meditación. En ellos se produce esa ruptura con la filosofía bergsoniana. Aquí en Baeza adquirirá su filosofía una total madurez.

Durante la época de Baeza aparece ya en germen la problemática de gran parte de *Juan de Mairena. Y* en el prólogo al libro *Helénicas* de Manuel Hilario Ayuso, dirá Machado: «...una abeja consagrada a la miel –y no a las flores– será más bien zángano, y el hombre consagrado a la poesía y no a las mil realidades de su vida, será el más grave enemigo de las musas».

Es también el pensamiento de:

Poned atención:
un corazón solitario
no es un corazón.
(«Proverbios y Cantares», CLXI, LXVI).

Finalmente, su penetración en la vida y en el carácter de los hombres de Baeza va a constituir un reflejo de esa Andalucía decadente, manejada por señoritos y por una aristocracia vacía; y un grito esperanzado hacia una España mejor, trabajadora: «la España del cincel y de la maza».

JUAN CARLOS ORTIZ LOZANO

(*Estudios sobre Literatura y Arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz,* Granada, Universidad de Granada, 1979, tomo II, pp. 581-603)